

brillar, pues que podrá engalanarse con los hermosos herretes de diamantes que el rey le ha regalado.

REINA. ¡Dios mío!

REY. Teneis razon, señor duque; me parece bien. Aceptais, ¿no es así, madama?

CARD. [*Bajo al rey.*] V. M. insista en que se atavie con los herretes. (*Váse.*)

REY. ¡Qué querrá decir? ¡Me reserva todavía una de esas terribles sorpresas que él sabe dar! (*A la reina.*) No me habeis dicho si aceptais, madama: ¿me oís?

REINA. Sí, Sire, oigo.

REY. ¡Yréis por fin á ese baile que se da dentro de cuatro dias?

REINA. Sí.

REY. ¡Con vuestros herretes!

REINA. Sí.

REY. ¡Bien! Cuento con vuestra palabra. Adios, madama. (*Váse.*)

REINA. ¡Estoy perdida!

ESCENA XVI.

LA REINA, LA BONACIEUX.

SRA. BONA. Pues qué, ¿nada puedo yo hacer por mi reina?

REINA. ¡Tú, tú!

SRA. BONA. ¡Ah! os pertenezco en cuerpo y alma; y á pesar de la inmensa distancia que hay de V. M. á mí, encontraré medio de salvarla.

REINA. ¡Ay de mí! Yo engañada por todas partes, vendida, perdida.

SRA. BONA. ¡Y esos herretes que el rey os pide!...

REINA. Pues qué, ¿tú sabes!...

SRA. BONA. Todo lo he oido, esos herretes estaban en un cofrecillo de palo de rosa.

REINA. Sí.

SRA. BONA. ¡Ese cofrecillo no se lo llevó ayer al Sr. de Buckingham!

REINA. ¡Silencio! ¡silencio!

SRA. BONA. Es preciso volver á hacernos de él.

REINA. ¡Pero cómo!...

SRA. BONA. Es menester enviar á alguien al duque.

REINA. ¡Y quién! ¿y quién? ¡Dios mío!

SRA. BONA. ¡Teneis confianza en mí, Madama! Si me dispensais tan alto honor, mi reina, ya tengo yo buscado el mensajero que debe traerlos los herretes.

REINA. Hazlo, pues, y me habrás salvado la vida, me habrás salvado el honor.

SRA. BONA. Pero el duque no volverá los herretes sin dos letras de vuestra mano.

REINA. ¡Dos letras de mi mano! si ellas fuesen interceptadas, no me quedaria mas recurso que el divorcio, el convento y el destierro....

SRA. BONA. Y á mí peor que eso, la muer-

te (*La reina va á la mesa, y escribe mientras la Bonacieux mira á las puertas.*)

REINA. Toma.

SRA. BONA. Bien, Madama.

REINA. Pero á tu emisario tal vez lo arrearán, lo atacarán y no llegará á tiempo.

SRA. BONA. Mi emisario, Madama, aunque lo arresten, pasará; y cuando lo ataquen, matará. ¡Oh! dejadme á mí; ya vereis: adios, Madama, adios.

ACTO CUARTO.

CUADRO IX.

El cuarto de Artagnan.

ESCENA I.

PLANCHET boca abajo, sacando una botella por la trampa. ATHOS mirando.

ATHOS. (*Tomando la botella que PLANCHET ha puesto cerca de él.*) Gracias, Planchet; dame un vaso.

PLAN. ¡Deveras sois vos, señor Athos! Me alegro como hay viñas de volveros á ver; ¡qué contento estoy! ¡Conque quereis un vaso! al momento, no solo uno, dos, tres, cuantos querais. ¡Conque ya habeis salido de la Bastilla!

ATHOS. Así parece, puesto que aquí estoy.

PLAN. Ya lo veo; ¡pero qué diablo! yo creí que habia cerrado la puerta con llave.

ATHOS. Sí, mas ya sabes que cada uno de nosotros tiene una llave de nuestros respectivos cuartos.

PLAN. Cierto; no habia pensado en eso.

ATHOS. ¡Y tu amo, en dónde está?

PLAN. No lo sé á punto fijo; pero como me lo presumo, no me inquieta mucho su ausencia.

ATHOS. ¡Cómo! ¿no te inquieta su ausencia?

PLAN. Sí señor, no me inquieta, porque el caballero á estas horas, debe estar disfrutando de sus triunfos; ya ha hecho las paces.

ATHOS. No te entiendo; ¿con quién ha hecho las paces?

PLAN. ¡Toma! con aquella mala pécora... ya sabeis.

ATHOS. ¡Cuál!

PLAN. Aquella que se llama Milady, la mujer de la plaza, real.

ATHOS. ¡Y al irse, te dijo algo?

PLAN. Me ha dicho que si no volvia á las nueve de la mañana, os lo avisara á vos y á los señores Porthos y Aramis, y que reflexionéis....

ATHOS. ¡Qué diablo!...

PLAN. ¡Chito! escuchad.

ATHOS. ¡Qué!

PLAN. Me parece que oigo pasos en la escalera.

ATHOS. Mira quién es.

D'ART. (*De la parte de afuera y golpeando la puerta.*) Planchet, ¡voto á brios! ¡Me abrirás la puerta, tunante!

PLAN. Ya voy: es él, es el señor caballero.

ATHOS. ¡Qué ocurre, que venis con tal furia!

D'ART. ¡Mil demonios carguen contigo!

PLAN. ¡Cómo! ¿os viene alguno persiguiendo?

D'ART. [*Entrando muy desconcertado.*] No sé; pero cierra las puertas pronto.

ATHOS. ¡Pues qué sucede, d'Artagnan?

D'ART. Athos, amigo mio, ¿cómo os habeis escapado de sus garras!

ATHOS. Fácilmente, y vos sois á quien tengo el honor de hacer mi primer visita.

D'ART. Sin duda que Dios os ha inspirado, porque si no os encuentro aquí, iba á echar á correr á vuestra casa.

ATHOS. ¡Pues qué ha sucedido!

D'ART. ¡Qué ha sucedido! Planchet, ponte de centinela en la escalera, y no dejes entrar á alma viviente.

PLAN. Escepto á las mujeres.

D'ART. ¡Canalla! á las mujeres menos que á nadie.

ATHOS. ¡Hola! parece que vuestros amores no han tenido un feliz resultado.

D'ART. Athos, no os riáis. ¡Oh! no, en nombre del cielo os suplico que no os riáis, porque os juro, por mi alma, que la cosa no es para reirse.

ATHOS. En efecto, veo que estais pálido; ¿estaría herido!

D'ART. No, á Dios gracias.

ATHOS. Entonces, ¿qué teneis?

D'ART. Yo tengo.... lo que tengo es miedo.

ATHOS. ¡Vos, d'Artagnan! ¿d'Artagnan tiene miedo! ¿qué ha sucedido pues! decid.

D'ART. Un acaecimiento terrible, Athos.

ATHOS. Explicaos; ¿qué hay, con mil de á caballo!

D'ART. Lo que hay, es que Milady está marcada con una flor de lis en la espalda.

ATHOS. ¡Ah! ¡Milady marcada!.... ¿qué decís!

D'ART. Vaya, respondedme; ¿estais seguros de que la otra en efecto ha muerto!

ATHOS. ¡Qué otra!

D'ART. Aquella de quien hablasteis anteayer aquí; allí, en aquel lugar; en fin, la mujer de Berry.

ATHOS. [*Pasando la mano por la frente.*] ¿Cómo es esa Milady? ¿Qué edad tiene? ¿es alta... baja? ¿sus faciones son feas ó...?

D'ART. Tendrá de veinticinco á veintiseis años; mas bien es chica que grande; sus cabellos son castaños, las cejas muy pobladas, el ojo sombrío y lleno de vivacidad al mismo tiempo.

ATHOS. ¡Pálida!

D'ART. Sí, pálida, con unas magníficas espaldas, y sobre la izquierda una flor de lis roja, y como medio borrada á fuerza de

cites.

ATHOS. ¡Decis que es inglesa!

D'ART. ¡Y la vuestra qué era!

ATHOS. Es verdad, se llamaba Carlota Backson; ¡y cómo habeis sabido!...

D'ART. Esta mujer habia observado que me gustaba; ella es coqueta, y de antemano me habia hecho algunas insinuaciones, á las que naturalmente correspondí. La camarista, como por ensalmo, se enamora al mismo tiempo de mi persona, y me hace saber que su señora se burlaba de mí. Como soy hombre del Mediodia, se me subió la sangre á la cabeza, le esijo pruebas, y ella me prueba en efecto que Milady daba citas en su casa á un tal señor de Wardes. Me vengaré de una manera terrible, grité yo, con voz fuerte y atronadora. Por supuesto que ya la camarista nada podia negarme, y por consiguiente le ordené que me introdujese en la habitacion de su ama. Esto era fácil: Milady esperaba á su amante, y su dormitorio estaba á oscuras.

ATHOS. ¡A oscuras!

D'ART. Naturalmente; ¡toma! ¿no veis que si no, la flor de lis...? En fin, me introduje, y mis negocios iban á pedir de boca, cuando de repente la camarista, que estaba zelosa, y temia que mi venganza fuese mas dulce de lo que le habia anunciado, finge haber sido llamada, y se presenta allí con una luz en la mano; Milady entonces me reconoce, quiere hacerme salir, yo me obstino en quedarme, y en esa refriega, hácese pedazos el peinador de Milady.

ATHOS. ¡Ah! comprendo, y fué entonces cuando le visteis la espalda.

D'ART. Amigo mio, encerradme con una pantera rabiosa, encerradme con una leona á quien acaban de robarle sus cachorros; con una serpiente de cascabel, consiento en ello; pero no me encerreis con esa mujer que me perseguia con el puñal en la mano, porque ya, Athos, os lo he dicho todo en dos palabras: aquí mismo, cerca de vos, con solo pensar en ella, tengo miedo.

ATHOS. ¡A ver, qué llevais ahí en el dedo!

D'ART. Una sortija que ella me ha puesto, creyendo que yo era de Wardes.

ATHOS. ¡Esta sortija!...

D'ART. Ni siquiera la he mirado todavía.

ATHOS. No hay remedio, yo conozco esta sortija, es la que yo le dí la noche de nuestro casamiento. d'Artagnan, ella es.

D'ART. En ese caso, mi querido Athos, mucho me temo que no haya comprado con ella, una venganza terrible que nos alcanzará á los dos.

ATHOS. ¿Qué me importa!

D'ART. ¿Cómo, qué os importa!

ATHOS. Os juro por mi alma, d'Artagnan, que yo daré mi vida por cualquier bagatela; pero ahora os alarmais sin razon respecto de mí; ella me cree muerto, como yo la creia á ella.

D'ART. Athos, en todo esto hay un terri-

ble misterio que no penetro; ella se está preparando para hacer un viaje: mirad, yo no sé por qué, pero tengo la convicción de que esta muger es espía del cardenal.

ATHOS. (Tomando su capa.) ¡Está bien!

D'ART. ¡Me dejai!

ATHOS. ¡En la Plaza real, decidis que vive!

D'ART. Sí, en el ángulo, allá en el fondo, á la izquierda.

ATHOS. Perfectamente.

D'ART. Una sola palabra. Ahora que os vais, enviadme aquí á Porthos, á Aramis y los lacayos, porque tal vez no bastarán todas nuestras fuerzas para hacer frente al enemigo.

ATHOS. Bien.

D'ART. Adios.

ESCENA IV.

D'ARTAGNAN solo, despues LA BONACIEUX.

D'ART. ¡Oh! estas sí que son aventuras, y eso que ahora empiezan, y probablemente aun no estarán próximas á su fin.

UNA VOZ. [Abajo.] ¡Señor d'Artagnan, señor d'Artagnan!

D'ART. Me parece que han pronunciado mi nombre. [Tocan debajo de los pies de d'Artagnan.]

LA VOZ. ¡Señor d'Artagnan!

D'ART. (Abriendo la trampa.) ¡Quién me llama!

LA VOZ. Yo, la señora Bonacieux: ¡estais solo!

D'ART. Sí, ¡queréis que baje!

LA VOZ. No, yo subiré: ¡podeis recibirme!

D'ART. ¡Ya se ve que sí! de mil amores.

LA VOZ. Entonces cerrad la trampa. (Lo hace.)

D'ART. ¡Si puedo recibirla! ya lo creo que sí, adorable criatura; que venga, ¡voto á sanes! [Va á la puerta.] Planchet, paso franco.

ESCENA V.

D'ARTAGNAN, LA BONACIEUX.

SRA. BON. ¡Ah! ¡Dios mio! me muero.

PLANC. ¡Todavía me he de estar de centinela!

D'ART. Y ahora con mas cuidado que nunca.

SRA. BON. Señor d'Artagnan. ¡Ah! qué felicidad el haberos encontrado.

D'ART. Señora, me teneis siempre á vuestras órdenes.

SRA. BON. ¡Recordais que me ofrecisteis vuestros servicios!

D'ART. Y os los ofrezco de nuevo.

SRA. BON. De lo cual me alegro infinito, porque yo he respondido de vos.

D'ART. ¡A quién!

SRA. BON. A la reina.

D'ART. Y habeis hecho bien, porque estoy á sus órdenes, y sobre todo, á las vuestras.

SRA. BON. Señor, apenas os conozco, y sin embargo, tengo puesta en vos toda mi confianza.... ¡por qué!.... no puedo daros razón, no sé nada.

D'ART. Yo si lo sé, porque os amo.

SRA. BON. Me lo decis al menos, oidme: os juro aquí delante de Dios, que si me traicionáseis, y mis enemigos llegasen á perdonarme, que lo dudo mucho, juro, repito, que me suicidaré, acusándoos de mi muerte.

D'ART. Yo tambien os juro, señora, delante de Dios, que si fuese sorprendido desemeñando la comision que me diéreis, antes moriré que hacer ó decir nada que comprometa á cualquiera que yo respete, ó á cualquiera que yo ame.

SRA. BON. Eso supuesto, se trata de partir ahora mismo, y sin perder un segundo.

D'ART. ¡Adónde!

SRA. BON. A Londres, y entregar esta carta.

D'ART. ¡A quién!

SRA. BON. Al duque de Buckingham.

D'ART. Pero necesito una licencia del señor de Tréville.

SRA. BON. Ya he estado en su casa, y dentro de un cuarto de hora estará aquí la licencia.

D'ART. Pues bien, parto; pero á mi vuelta....

SRA. BON. ¡Qué sucede á vuestra vuelta!

D'ART. ¡Qué hará la señora Bonacieux en obsequio de un hombre que arriesga su vida por ella!

SRA. BON. ¡Silencio!

D'ART. ¡Qué hará!

SRA. BON. Es la voz de mi marido.

D'ART. No os altereis, que Planchet cuida la puerta; ¡vaya, decidme, qué hará!

SRA. BON. No lo sé; pero id á buscarla adonde quiera que esté, y allá veremos.

D'ART. ¡Y en dónde estará ella!

SRA. BON. Se lo preguntareis á la reina, que la reina os lo dirá; y hé ahí vuestra recompensa.

BONA. (Del otro lado de la puerta.) Pero si cuando yo os digo que no es al señor d'Artagnan, sino á mi mujer á quien quiero hablar, me parece que....

SRA. BON. Ocultaos allí, yo me quedo.

D'ART. Por aquí.

SRA. BON. ¡Teneis dinero!

D'ART. Tengo de que hacerlo. [Abraza á la Bonacieux.]

SRA. BON. ¡Qué es lo que haceis!

D'ART. Tomo algunas provisiones para el camino.

SRA. BON. Es que no partireis todavía.

PLAN. ¡Cómo, á vuestra mujer!

BONA. Sí, yo sé que mi mujer está en casa del señor d'Artagnan, quiero hablarla; ¡qué diablo! me parece que yo tengo el derecho de hablar con mi mujer: ¡Ah! señor Planchet, señor Planchet! os advierto que si no me abris luego luego, voy á traer una patrulla.

SRA. BON. [Abriendo la puerta.] Vamos, señor Planchet, dejadlo entrar: ya que mi marido quiere hablarme, dejad que me hable.

ESCENA VI.

BONACIEUX, LA BONACIEUX.

BONA. No deja de ser fortuna. ¡Qué habeis aquí, señora!

SRA. BON. Espero al señor d'Artagnan.

BONA. ¡El señor d'Artagnan! ¡vos esperais al señor d'Artagnan! ¡Hum! ¡hum! (Mira en derredor de él.)

SRA. BON. Cierito, pues ya veis que no está aquí.

BONA. ¡Ah! ¡no está aquí!

SRA. BON. ¡Esa es otra! parece que no.

BONA. Es verdad, pero ¡y para qué esperais al señor d'Artagnan!

SRA. BON. Eso, señor Bonacieux, no os concierne de ninguna manera.

BONA. ¡Cómo que no me concierne! ¡Y á quién le concierne, pues, me atrevo yo á preguntar á mi adorada consorte!

SRA. BON. Concierne á personas que no conoceis, y con quienes nada teneis vos que hacer.

BONA. (Cruzando los brazos.) Sí, esto concierne á la señora de Chevreuse, y al señor duque de Buckingham, y.... ¡no es así!

SRA. BON. ¡Qué es lo que estais diciendo!

BONA. ¡Ah! señora, vos ignorabais que yo sabia todas vuestras tramas.

SRA. BON. ¡Qué nombres habeis pronunciado, y quién os ha instruido de eso!

BONA. Todo lo sé: ¡intrigas, no es eso! ¡siempre intrigas! pero ahora, ahora yo me rio de vuestras intrigas, las desafio, os desafio á todos, que ya el señor cardenal me ha ilustrado mucho sobre este punto.

SRA. BON. ¡El cardenal! ¡pues qué, habeis visto al cardenal!

BONA. (Dándose importancia.) Sí señora, me ha hecho llamar.

SRA. BON. ¡Y habeis ido á su llamamiento! ¡Qué imprudente sois!

BONA. Debo deciros, para que os sirva de gobierno, que no ha dependido de mí el ir ó no, porque me hallaba entre dos guardias.

SRA. BON. Entonces fuisteis por fuerza, y os habrá maltratado y amenazado.

BONA. Todo menos eso, señora; me alargó la mano y me ha llamado su amigo; ¡me entendeis, señora! yo soy el amigo del gran cardenal.

SRA. BON. ¡Del gran cardenal! Hay otro poder superior al suyo.

BONA. Lo siento mucho, señora; pero yo no conozco poder superior á el del grande hombre á quien tengo el honor de servir.

SRA. BON. ¡Vos servís al cardenal! Eso solo os faltaba, servir al partido de aquellos que maltratan á vuestra mujer y que insultan á vuestra reina. (Durante las últimas líneas de esta escena, Porthos y Aramis, seguidos de sus lacayos, entran muy poco á poco conducidos por Planchet.)

BONA. Señora, la reina es una pérfida española, y lo que el señor cardenal hace está bien hecho.

SRA. BON. ¡Ah, señor Bonacieux! yo sabia que érais un cobarde, un avaro, un imbécil, pero ignoraba que fuéseis un infame.

BONA. ¡Eh! mirad lo que decis!

SRA. BON. Lo que os digo es que solo falta que me sigais, que me espieis.

BONA. Pues es precisamente lo que he hecho.

SRA. BON. Y tambien que me denunciéis.

BONA. Es justamente lo que voy á hacer.

SRA. BON. ¡Cómo! ¡vais á contarle al cardenal!

BONA. Que os he hallado en casa del señor d'Artagnan, y que no habeis querido decirme el motivo que os trajo aquí, pues yo ya ahora no dudo que vos conspirais de acuerdo con él.

SRA. BON. ¡Y tendríais valor para hacer eso! ¡Oh, ¡no es imposible!

BONA. Sí señora, que voy á hacerlo, paso entre paso.

SRA. BON. ¡Oh! ecsiste una justicia, y Dios no permitirá....

BONA. ¡Ah! ¡Dios!.... el cardenal está bien con él, y ya arreglará el negocio, de modo.... [Se vuelve y ve á Porthos y á Aramis.]

ESCENA VII.

DICHOS, PORTHOS, ARMAIS, LACAYOS.

PORT. Perdonad, amigo; pero no se pasa.

BONA. ¡Cómo, no se pasa!

ARAM. Tal es la consigna; y ya sabe buen hombre, que los mosqueteros son escusados de su consigna.

BONA. ¡Y quién os ha dado esa consigna!

PORT. Nuestro amigo d'Artagnan.

BONA. Pero si vuestro amigo d'Artagnan no está aquí.

D'ART. [Sacando la cabeza por la trampa.] Dispensadme, mi querido Bonacieux, es en un error, aquí estoy.

BONA. ¡Qué ve! El señor d'Artagnan medias: la mitad de él en su casa y la otra mitad en la mia.

PORT. [Con la mano en el fieltro.] ¡Qué ha de hacer, brigadier!

D'ART. Tened con el señor Bonacieux las mas altas consideraciones; que nada le falte; pero encerradlo en su bodega, y que no salga de ella hasta que yo vuelva. Planchet, Bazin y Mousqueton, serán sus centinelas de vista: esta es la orden.

BONA. ¡Hasta que volvais! ¡y cuándo volveréis!

D'ART. [Desapareciendo.] No sé nada. Adios.

SRA. BOV. Señor imbécil, así aprenderéis á ser espía del cardenal.

CUADRO X.

La fonda del Colombier Rouge.

Piso bajo y primer piso. La misma decoración poco mas ó menos, que en los Misterios de Londres.

ESCENA PRIMERA.

MILADY, escribiendo en el primer piso. ATHOS en el piso bajo, y el MESONERO.

ATHOS. [Con traje sencillo de caballero.] Me parece que no hay nada de extraordinario en lo que os digo: yo espero á dos amigos; los tres deseamos achisparnos juntos, tenemos miedo que nos interrumpen durante esta respetable operacion, y por eso os queremos ar-
rendar toda esta sala.

MESO. ¡Toma! pues si no es eso lo que yo habia entendido: yo creia que me pediais to-
la la casa, ¡me comprendeis bien! y como el primer piso está ya ocupado....

ATHOS. Sí, ya me lo habeis dicho, por una mujer; pero ¡qué diablo! nosotros somos demasiado galantes para querer incomodar á las señoras; que esa dama se quede en donde está, y con tal que nosotros podamos disponer de esta sala....

MESO. ¡Muy bien! de esa manera todo se regula, y en dándome un par de escudos....

ATHOS. Hélos aquí.... traednos vino.

MESO. ¡Cuántas botellas!

ATHOS. Las que querais.

MESO. ¡Famoso parroquiano! [Vase.]

ATHOS. Ella está aquí: la he visto entrar, arriba siento pasos.

MILADY. [Yendo á la ventana.] El cardenal habia dicho que á las diez y media.... (dan diez.) Vaya, ya veo que él no tarda, soy la que me he adelantado.

PORT. [Llegando de fuera, á Athos.] ¡Chito!

ATHOS. ¡Qué hay!

PORT. Aramis ha hecho la señal.

ATHOS. ¡Entonces vienen!

PORT. Sí.

ATHOS. ¡Bueno!

PORT. ¡Y no podríais decirme ahora, os!....

ATHOS. Es inútil: quisiera solo saber una cosa.

PORT. ¡Cuál!

ATHOS. ¡Cómo podria yo oir lo que se habla allá arriba!

MESO. (Entrando.) Aquí está el vino.

ATHOS. Gracias. Ahora no olvidéis que estamos en nuestra casa, y que no queremos que nadie nos incomode.

MESO. No hay cuidado. ¡Ah! solo os recomendaré una cosa.

ATHOS. ¡Cuál!

MESO. Que no hagais fuego en la hornilla.

ATHOS. ¡Y por qué!

MEZO. Lo vais á comprender al punto: yo soy un hombre de talento, y con una piedra he matado dos pájaros: con la hornilla yo calentaba este piso, y con el cañon la pieza de arriba; pero ayer se ha caido el cañon; es decir, hubo aquí una camorra, y en medio de la tremolina, se hizo pedazos; de suerte que si vos hiciérais fuego, la ahumaríais.

ATHOS. ¡A quién!

MESO. A la señora que está en el primer piso, y que ha tomado precisamente la habitacion que da encima de esta, para ella sola.

ATHOS. ¡Solo para ella!

MESO. Sí, y para un caballero que está esperando.

ATHOS. ¡Chiton! eso no nos interesa.

MESO. ¡Bravo! Ahí teneis el vino; si no bastare, pedireis mas. [Vase á la puerta y encuentra á Rochefort.]

ESCENA II.

LOS MISMOS, ROCHEFORT EN LA PUERTA DEL FONDO, Y EL CARDENAL CON DOS GUARDIAS.

ROCH. ¡Hola, amigo!

MESO. ¡Qué se ofrece!

ROCH. ¡Es está la posada del Colombier-Rouge?

MESO. Ya lo estais viendo.

ROCH. ¡Está en la sala del primer piso una mujer que espera!

MESO. ¡Ah! ¡Sois vos el....!

ROCH. No.

MESO. ¡Pues entonces á qué preguntais!

ROCH. ¡Silencio! (Va al fondo y se dirige á un hombre que está en un grupo de tres.) Venid, Monseñor.

CARD. ¡Ya ha llegado!

ROCH. Espera á vuestra Eminencia.

CARD. ¿Por dónde se sube?

MESO. No hay mucho en que equivocarse; por esa escalera vais hasta el balcon exterior, y luego la primer puerta á la derecha.

CARD. Gracias. [Sube.]

ROCH. (Al mesonero.) Ahora, amigo, idos á vuestros quehaceres.

MESO. ¡A mis quehaceres!

ROCH. Sí, vos debéis tener algo que hacer; idos, pues.

MILADY. (A la ventana.) Por aquí, monseñor, por aquí.

ATHOS. (Ha escuchado á la puerta. Aramis toca á la ventana de la izquierda.) Mirad quién toca á la ventana, Porthos.

ARAM. (Fuera.) Yo, Aramis.

ATHOS. Abrid, Porthos. (Aramis entra por la ventana.)

PORT. ¡Y por qué entráis por la ventana?

ARAM. Porque era peligroso entrar por la puerta.

ATHOS. [A Aramis.] ¡Habeis visto al jefe de la partida?

ARAM. Sí, á la luz de la luna: se desembozó un momento, y me bastó eso para conocerlo.

ATHOS. ¡Es el cardenal, eh!

ARAM. El mismo.

PORT. ¡El cardenal! ¿dónde está?

ATHOS. ¡Y los otros?

ARAM. Son el conde de Rochefort, y dos guardias de su Eminencia; y como están allí, me pareció prudente entrar por la ventana, para que no me viesen.

PORT. Ahora lo comprendo bien; ¡y lo que son las cosas! no se me hubiera ocurrido nunca.

ATHOS. (Escuchando.) Ya el hombre está arriba. Porthos, quitad la hornilla, y ponedla donde querais.

PORT. ¡La hornilla!

ATHOS. Sí, os lo suplico. [Porthos quita la hornilla.]

MILADY. ¡Oh! nada temais, Monseñor, estamos absolutamente solos.

CARD. No obstante, ninguna precaucion está demas.

ATHOS. (Escuchando por el cañon.) Este es un verdadero cañon de órgano.

ARAM. ¿Ois lo que dicen?

ATHOS. Estoy seguro que no perderé ni una sílaba.

PORT. ¡Ah! ya comprendo, por eso me deciais que....

ATHOS. Porthos, bebed el vino, ó vaciad las botellas por la ventana.

PORT. ¿Vaciar las botellas?

ARAM. Es preciso que tengamos trazas como de haber bebido, y mucho.

PORTHOS. Sí, sí, sí.

CARD. Sentaos, Milady, y hablemos.

ATHOS. ¡Chito!

MILADY. Ya escucho á vuestra Eminencia.

ATHOS. ¡Oh! ¡esta vez!....

CARD. Conocéis lo importante de la mission que se os confia.

MILADY. Sí; pero os suplico me deis vuestras instrucciones de una manera terminante y clara, porque deseo. Monseñor, justificar con los hechos, la confianza que de mí haceis.

ATHOS. Cerrad, Aramis, la puerta con el cerrojo.

CARD. Vais á partir para Londres.

MILADY. Si me enviáis cerca del duque de Buckingham, Monseñor, no olvidéis que soy yo quien le ha presentado en la calle de la Harpe, el pañuelo que debia presentarle la Bonacieux, y no es remoto que pudiera conocerme.

CARD. Eso importa poco, y ni aun habria un gran mal en que él supiese que estais á mi servicio.

MILADY. Es decir que lo que yo emprendo, es una negociacion franca, y que puedo presentarme á él de una manera legal y esplicita.

CARD. Sí, franca y lealmente, como siempre.

MILADY. Hablad, monseñor, que yo ejecutaré al pié de la letra las órdenes de vuestra Eminencia.

ARAM. (A Porthos que ha destapado una botella.) Chiton, Porthos, por Dios.

PORT. Como ha dicho Athos que vaciase las botellas, por eso las vacio.

CARD. Ireis á ver á Buckingham de mi parte, y decidle que no ignoro los preparativos que está haciendo, y que ellos me inquietan muy poco, porque al primer paso que se atreva á dar, pierdo á la reina.

MILADY. ¡Y se halla vuestra Eminencia en estado de llevar á cabo esta amenaza!

CARD. Decidle, Milady, que yo tengo entre mis manos las pruebas de todo, y cuando él sepa que la guerra que emprende puede costarle el honor, y aun la libertad á la señora de sus pensamientos, yo os aseguro que se mirará mucho en ello.

MILADY. ¡Y si á pesar de esas observaciones, él persistiese?

CARD. No es probable.

MILADY. Pero es posible.

CARD. Si persistiese, entonces yo pondré mi esperanza en uno de estos raros acontecimientos que cambian la faz de los Estados.

MILADY. Vuestra Eminencia quiere hablar seguramente de la puñalada de Ravaiillac.

CARD. Precisamente.

MILADY. ¡Pero no temé vuestra Eminencia que el suplicio de aquel Ravaiillac, espante á todos aquellos que hayan tenido un solo instante la intencion de imitarle!

CARD. Hay en todos tiempos, y en todos los paises, especialmente si los paises están divididos en opiniones religiosas, como sucede á la Inglaterra, fanáticos que no desean mas que hacerse mártires.

MILADY. ¡Ah! ¡y vos creéis que se pueden hallar siempre hombres de ese jaez!

CARD. Sí, milady, y no creo que sea preciso ir á buscarlos muy lejos: justamente el buque en que vais á embarcaros á Bolonia para ir á Londres, que es una balandra mercante, la manda uno de esos hombres.

MILADY. ¡Y lo conocéis como enemigo de milord!

CARD. ¡Oh! ¡y de mucho tiempo.

MILAD. ¿Cómo se llama?

CARD. Felton.

MILAD. ¡Ah!

CARD. Este Felton, bajo la máscara de puritano, oculta una alma de fuego, y bastaría una jóven bella y diestra para enardecer la cabeza de semejante hombre.

MILAD. Sí; ¡y podrá encontrarse esa mujer que pintais!

CARD. ¡Eh!... ¿qué sé yo?... una mujer así, que pusiera en sus manos el puñal de Santiago Clemente ó de Ravallac, esa mujer salvaría á la Francia.

MILAD. Sí, pero esa mujer sería la cómplice de un asesinato.

CARD. ¿Y qué sería preciso hacer para tranquilizarla?

MILAD. Yo creo que se necesitaria, ante todas cosas, una órden que ratificase todo lo que ella creeria deber hacer por la felicidad de la Francia.

CARD. Lo primero y mas difícil de todo es encontrar á esa mujer.

MILAD. Yo la encontraré.

CARD. Entonces, esto marcha divinamente; yo he encontrado el hombre y vos la mujer.

MILAD. En efecto, y no falta mas que la órden.

CARD. Una órden así como esta. (*Escribe una órden.*)

MILAD. ¡Muy bien! y ahora que ya he recibido las instrucciones de Monseñor, respecto de sus enemigos; es decir, de los enemigos de la Francia, su Eminencia me permitirá que le diga dos palabras acerca de los míos.

CARD. ¿Vos teneis enemigos?

MILAD. Sí, monseñor, y enemigos contra quienes debéis prestarme vuestro apoyo, porque me los he hecho solo por servir á vuestra Eminencia.

CARD. Nombrádmelos.

MILAD. En primer lugar esa intrigantilla de la Bonacieux.

CARD. ¡Ah! sí, parece que ya la reina recelaba algo respecto de eso, porque anoche la ha hecho salir para el convento de las carmelitas de Bethune.

MILA. ¿A las carmelitas de Bethune?

CARDEN. ¿Conocéis ese país?

MILA. Lo he habitado algun tiempo: el otro enemigo....

CARDEN. ¡Ah! ¿teneis dos?

MILA. Y vuestra Eminencia lo conoce muy bien: es nuestro genio maléfico, el enemigo de los dos, de vuestra Eminencia y mio; es aquel que en el encuentro con los guardias de vuestra Eminencia, ha herido tan cruelmente al señor de Jussac; es aquel que cuando ya todo estaba dispuesto para atrapar al duque en la calle de Fossyeurs, vino á poner en fuga á los agentes de vuestra Eminencia y á obligarnos á errar el golpe.

CARDEN. Sí, ya sé de quién queréis hablar.

MILA. Os quiero hablar de ese miserable d'Artagnan.

CARDEN. Es un compañero atrevido.

MILA. Y por lo mismo es mucho mas temible.

CARDEN. Pero para castigarlo se necesitarían algunas pruebas de inteligencia con Buckingham.

MILA. ¿Algunas pruebas? hasta diez puedo daros.

CARDEN. ¡Oh! entonces no hay cosa mas sencilla: dadme esas pruebas, y al momento lo envío á la Bastilla.

MILA. Vamos claros, Monseñor; hagamos trueque por trueque: cambiemos existencia por existencia, hombre por hombre: dadme á d'Artagnan, y yo os doy á Buckingham.

CARDEN. En realidad de verdad que no sé lo que me queréis decir, Milady; pero como mi objeto es daros gusto, he aquí el papel que me habeis pedido.

MILA. Gracias, Monseñor.

PORTHOS. ¿Habeis oido?

ARAM. ¿Qué perversa criatura!

ATHOS. Está bien, no os movais.

PORTHOS. ¿Qué?

ATHOS. El resto me toca á mí.

ARAM. ¿Os vais?

ATHOS. Sí; pero quedaos.

PORTHOS. ¡Conque vos os encargais!....

ATHOS. Sí; me encargó de todo.

ARAM. Debemos escuchar todavía?

ATHOS. Sí, si es que os interesa. [*Vase por la ventana.*]

CARDEN. (*Que ha tomado su capa.*) Estamos, pues, de acuerdo, madama.

MILA. De acuerdo, Monseñor.

CARDEN. ¿Está lista la silla de posta?

MILA. De cien pasos de aquí.

CARDEN. Las postas están preparadas en todo el camino; la balandra del capitán Felton, os espera; si el viento es favorable, mañana al anochechar podeis estar en Londres.

MILA. Estaré.

CARDEN. Luego que desembarqueis, dadme noticias de vuestra llegada, y decidme lo que habeis hecho durante la travesía.

MILA. ¿Por qué conducto?

CARDEN. No os inquieteis por eso: tan luego como tengais necesidad de un emisario, se os presentará al momento.

MILA. ¿Y cómo he de conocerlo?

CARDEN. El os dirá: La Rochelle.

MILA. ¿Y yo responderé....?

CARDEN. Portsmouth, y entonces podeis darle la carta.

MILA. Está bien: adios, Monseñor.

CARDEN. Hasta la vista, madama.

MILA. (*A su vez hace sus preparativos y lee el billete.*) El portador de la presente, hizo lo que ha hecho por órden mia, y para bien del Estado.—*Richelieu.... (hablando):* No tiene fecha, mejor que mejor; de este modo, la venganza es segura y no peligrosa. [*Durante este tiempo, Richelieu ha bajado: únese á sus compañeros que se van con él, y Aramis y Porthos quedan.*]

ESCENA IV.

ATHOS, MILADY.

ATHOS. (*Entrando y cerrando la puerta tras él.*)

MIL. ¿Quién sois! ¿qué queréis!

ATHOS. Los dos estamos solos. (*Dejando caer su capa y levantando su fieltro. Milady da un paso hácia atras.*) ¡Ah! ya veo que me conocéis.

MIL. ¡El conde de la Fére!

ATHOS. Sí, Milady. El conde de la Fére en persona, que viene espresamente del otro mundo, por tener el gusto de volver á veros. Sentémosnos madama, y hablemos, como dice el señor cardenal.

MIL. (*Cayendo sobre un sillón.*) ¡Oh! ¡Dios mio!

ATHOS. Decidme: ¿sois por ventura algun demonio en la tierra? Felizmente que con la ayuda de Dios los hombres han algunas veces vencido al demonio; y á vos que os habeis puesto en medio de mi camino, ya yo creia haberos aplastado, madama; pero, ó yo me engaño, ó el infierno os ha resucitado.

MIL. ¡Ah! (*Se cubre el rostro con su cofia.*)

ATHOS. Sí, el infierno os ha resucitado, el infierno os ha hecho rica, el infierno os ha dado otro nombre; en fin, os ha desfigurado el rostro, os ha puesto otra cara; pero no por eso os ha borrado el asqueroso lunar de vuestra alma, ni la flor de lis de vuestro cuerpo.

MIL. Señor! (*Se levanta y Athos queda sentado.*)

ATHOS. ¿Me creiais muerto, no es así!

MIL. Pero, en fin, ¿con qué objeto venís aquí, qué me queréis!

ATHOS. Quiero deciros que permaneciendo siempre invisible para vos, no os he perdido de vista ni un momento.

MIL. ¿Pues qué, sabeis lo que he hecho?

ATHOS. No solo sé lo que habeis hecho, sino tambien lo que queréis hacer.

MIL. ¡Oh!

ATHOS. ¿Lo dudais, eh? ¡muy bien! Pues escuchad ahora. Despues de aquel célebre y memorable acaecimiento que no olvidareis jamas, dejasteis la Francia, y os fuísteis á Inglaterra, en donde os casasteis con lord de Winter, baron de Clarick, el cual murió al cabo de dos años de una enfermedad singular y rara, que deja salpicado todo el cuerpo de manchas azules. A consecuencia de su muerte fuísteis la tutora de vuestro hijo y la heredera de lord d'Winter: luego volvísteis á Francia, y os pusísteis al servicio del cardenal; despues llevásteis á Londres aquella famosa carta de la reina, que hizo venir á Milord Buckingham á Paris: fuísteis vos quien llevó á la calle de la Harpe aquel pañuelo que debia hacer caer al duque en el lazo que le habeis tendido; sois vos la que creyendo recibir en vuestra alcoba al conde de Wardes, recibísteis al caballero d'Artagnan, el cual odiais, no tanto porque sorprendió vuestro terrible secreto, sino porque no mató á lord d'Winter, vuestro cuñado, de quien vuestro

11—TEATRO.

hijo debia ser el heredero; y vos sois, en fin, la que habeis venido aquí, aquí á este cuarto, y que sentada sobre ese mismo sillón en que ahora estais, venís de celebrar con el cardenal el pacto de asesinar al duque de Buckingham, en cambio de la promesa que él os hecho de dejaros asesinar á d'Artagnan.

MIL. ¿Sois por ventura Satanas!

ATHOS. Puede ser; pero de cualquier modo, oid bien lo que voy á deciros. Asesinado ó haced asesinar al duque de Buckingham, esto me interesa muy poco; yo no lo conozco, y por otra parte, es un inglés; ¡pero cuidado como tocáis ni la yema de un dedo, ni un solo cabello de d'Artagnan, que es un fiel amigo mio á quien amo y á quien desfiendo! ¡cuidado, os repito, que no lo toqueis, ni á ninguno de sus amigos tampoco, porque ¡os lo juro por la memoria de mi padre! el crimen que intentáreis cometer ó que hubiéseris cometido, será el último que perpetrareis.

MIL. El señor d'Artagnan me ha ofendido cruelmente, y el señor d'Artagnan morirá.

ATHOS. No repitais, madama, esa amenaza.

MIL. Morirá él primero, y ella en seguida.

ATHOS. ¡Oh! cuidado, madama, que un vértigo terrible se apodera de mí. (*Toma una pistola del cinto, y friamente.*) Ahora mismo vais á darme el papel que os ha firmado el cardenal, ó ¡por mi alma, que os hago saltar la tapa de los sesos!

MIL. No.

ATHOS. (*Metiéndole puntería.*) Teneis un segundo de tiempo para deciroslo.

MIL. [*Saca un papel de su seno y lo deja caer rechinando los dientes.*]

ATHOS. (*Abre el papel y lee.*) El portador de la presente hizo lo que ha hecho por órden mia y para bien del estado.—*Richelieu.* (*Toma su capa y su espada.*) Y ahora, ¡vibora, ahora que te he arrancado los dientes, muerde si puedes.

MIL. (*Rodando*) ¡Ah! (*Athos se lanza fuera del cuarto.*)

ARAM. ¿Qué diablo de parentesco tendrá esta mujer con Athos!

PORTHOS. Yo creo que es su tia.

CUADRO XI.

PORTSMOUTH.

El puerto de un lado, y la tienda de Buckingham del otro: una especie de fábrica que puede servir de taberna á los marineros. Ademas de esta fábrica y la tienda, un espacio practicable. Milady escribe en la taberna.

ESCENA I.

MILADY, LORD D'WINTER, UN CAPITAN, UN HOMBRE, BUCKINGHAM, PATRICK, FELTON, D'ARTAGNAN.

WINT. (*Sale de la tienda haciendo corte.*)

sias.) Si, milord se hará como Vuestra Gracia lo ordena. (llamando.) Señor capitán de puerto.

CAP. [Saliendo de una barca que espera con unos remos.] Mande vuestro honor!

WINT. Su gracia, lord Buckingham recibirá esta mañana á los oficiales de la flota, despues, hácia el medio día, pasará á bordo del navío almirante, y esta tarde levamos anclas.

CAP. Bien, Vuestro Honor.

WINT. Y qué hay de nuevo?

CAP. Anoche ha llegado una balandra.

WINT. ¿De qué nacion?

CAP. Inglesa.

WINT. De guerra ó mercante?

CAP. Mercante.

WINT. ¿Quién es el capitán?

CAP. Un tal Felton.

WINT. ¿Felton, decís? ¿no es ese un antiguo oficial de la marina real?

CAP. Sí, Vuestro Honor. Separado del servicio por milord duque de Buckingham por su indisciplina y falta de subordinación.

WINT. ¿Y la balandra traía pasajeros?

CAP. Una mujer. Si algo notable hubiera traído, habría tenido el honor de presentar á milord el roll del capitán Felton, que debe venir á tomarlo y á firmar el registro.

WINT. Enseñadme ese registro.

CAP. Se lo traigo aquí á vuestro Honor, ó quiere Vuestro Honor pasar á mi falúa?

WINT. Iré con vos. (Vanse.)

MIL. [Leyendo lo que escribe.] Monseñor cardenal... todo ha sucedido cual vuestra Eminencia lo ha previsto. El capitán de la balandra que me ha traído á Inglaterra, no solo es un marino atrevido que ha hecho la travesía en nueve horas, sino también un eclesiástico puritano que tiene una injuria personal que vengar, y ruega á Dios, todas las noches no le permita cometer un crimen poniéndolo en presencia del duque. Felton, durante la travesía, se ha compadecido mucho de mis desgracias. Le he referido, sin decirle el nombre, que un señor inglés me había seducido y abandonado bajamente; que la sed de una terrible venganza, me llevaba á Inglaterra. Felton ha llorado conmigo, y yo he cantado salmos con él. Nos llamamos hermano y hermana, Cecilia y Felton. Hoy 23 de Agosto de 1624. El duque ha hecho colocar su tienda en el puerto, espera aparejar y hacer vela para Francia. He llegado, pues, á tiempo para decir á vuestra Eminencia, que me parece que no aparejará. Envío precipitadamente estas noticias á vuestra Eminencia, sirviéndome en ellas de nuestra cifra habitual: del resto, espero al señor Felton que á las nueve de la mañana, debe venir á tierra á recoger su roll de la capitánía del puerto. Ahora son las nueve menos cuarto, y aun no se me ha presentado el emisario que vuestra Eminencia me ha prometido.

UN HOMBRE [acercándose.] La Rochelle.

MIL. Portsmouth.

HOM. Estoy á vuestras órdenes.

MIL. ¿Os vais á Francia?

HOM. Iré al país que queráis.

MIL. ¿Teneis medios de transporte?

HOM. Aquí una barca; allá caballos de posta; pero vos, madama....

MIL. Yo necesito como vos, una barca que á la primer señal, me haga salir del puerto, y me conduzca al primer barco pescador, con el cual yo me entenderé. Ved aquí el despacho. Marchad: ¿qué haceis?

HOM. Ese hombre va en mi lugar.

MIL. Teneis confianza en él?

HOM. Como en mí mismo.

MIL. Está bien.

HOM. Yo me quedo aquí á las órdenes de Milady.

MIL. No os alejéis de la tienda del duque, y procurad comprenderme á la mas ligera señal, y de obedecerme á la mas mínima palabra.

WINT. (Que ha vuelto á tocar al segundo compartimiento á Buckingham que aparece.) Estaba encerrado Vuestra Gracia?

BUCK. [Riendo.] Sí, rezaba mis oraciones.

WINT. No creía á milord tan devoto.

BUCK. ¡Oh! pero no os diré á qué santo.

WINT. O á qué santa.

BUCK. Vaya, no hablemos ya de los pecadillos de nuestra juventud. ¡Oh! qué bella está la mar, y qué hermoso el cielo, mi querido lord.

MIL. Ahí está.

BUCK. No podríais comprender cuán feliz soy en este instante; me voy á la mar, alegre como un niño. (A la aparición de Milord Duque tocan clarines y tambores.)

WINT. ¿Lo oís, Milord? Los centinelas de vuestra tienda han hecho la señal, y os baten marcha.

BUCK. Pero ese, d'Winter, es un honor real.

WINT. ¿Pues no sois vos el verdadero rey?

MIL. ¿Se irá acaso! (Va á la puerta.) ¡Y este Felton! que no viene.

WINT. ¿Agradaría á Milord ir hácia la orilla del muelle para ver vuestra hermosa flota?

BUCK. Sí, milord, dadme vuestro brazo.

GRITOS. ¡Viva Buckingham!

WINT. Mirad qué hermoso bosque de mástiles, monseñor; mirad ese hormiguero de marineros.

GRITOS. ¡Viva el duque de Buckingham! ¡viva milord Duque!

WINT. ¿Oís! ¿oís!

BUCK. Gracias, amigos míos, gracias.

WINT. ¿Milord necesita todavía de mí?

BUCK. No, mi querido d'Winter, dad las órdenes para la recepcion de los oficiales, y para la partida de esta tarde, y despues volved.

WINT. Dentro de media hora estaré de vuelta.

BUCK. (A los centinelas.) No detengais á nadie; estas buenas gentes quieren verme, y no es un crimen su deseo: parto esta tarde para Francia, y que al menos conozcan á aquel por quien tendrán que rezar, y que va tal vez á morir por ellos.

GRITOS. ¡Viva Buckingham! ¡viva Jorge Williers! ¡viva milord Duque!

BUCK. Gracias, hijos, gracias. David, preparad la firma. ¡Patrick!

PAT. Bien, monseñor. (Se acerca, y el duque le habla en voz baja.)

MIL. (Que ha mirado por la puerta.) ¡Ah, qué veo! aquel vestido negro, aquel paso grave y lento... ¡él es!... ¡cuanto ha tardado en venir! pero en fin, ahí está ya (bajo.) ¡Felton! ¡Felton!

FELT. ¿Quién me llama?

MIL. Sí, aquí, venid.

FELT. ¿Sois vos, Cecilia?

MIL. La misma.

FELT. ¿Qué haceis ahí sola? ¿qué significa esa palidez, esa mirada centellante, y esa navaja abierta?

MIL. (Llevándose a la ventana.) Venid aquí.

FELT. Aquí estoy.

MIL. Mirad!

FELT. ¿Esa tienda! ya la veo.

MIL. ¿Conoceis ese escudo de armas que la realza?

FELT. Sí, es el de Jorge Williers, Duque de Buckingham.

MIL. Os he dicho que venia á Inglaterra en busca de un enemigo.

FELT. Sí.

MIL. De un hombre que me lo habia robado todo, honor, porvenir, fortuna.

FELT. ¿Y ese hombre era...?

MIL. ¿No lo adivináis?

FELT. ¡Oh! sí, el mismo que á mí también me lo ha arrebatado todo, fortuna, porvenir, honor.

MIL. ¿Necesito todavía deciros lo que vengo á hacer aquí, y para qué es este cuchillo?

FELT. No, lo comprendo todo. (Toma el cuchillo.)

MIL. ¿Qué haceis?

FELT. Ahora os pregunto yo: ¿no adivináis?

MIL. ¡Felton! ¡Felton! ese hombre me pertenece.

FELT. Os engañais, porque él me habia ofendido antes de conoceros.

MIL. ¿Me pertenece!

FELT. Nos pertenece; ni una palabra mas. El Señor me ha conducido aquí por la mano... ¡loado sea el Señor! Yo tengo el brazo de un hombre, y de un hombre ofendido,

y el puñal está mejor colocado en mi mano que en la vuestra; volved á pasar el puente y embarcaos; y la primer ave marítima que el viento arroje sobre las costas de Francia, os llevará la noticia de la muerte de Buckingham.

MIL. ¡Oh! de ninguna manera: cada uno tiene su mision que cumplir, su tarea que acabar; y si yo os permito, Felton, que acabeis la mia, no es por abandonaros en el peligro. Yo no partiré de Inglaterra sin mi amigo, sin mi hermano, sin mi héroe. Vuestra balandra está á la vela y nos espera: ella nos trajo, y ella debe llevarnos.

FELT. ¡Y si Dios me entrega á los filisteos! MIL. Vuestra hermana estará con vos eternamente.

FELT. Gracias. Ahora voy á invocar al Señor. Hermana mia, dejadme solo en su tremenda presencia.

MIL. Hasta la vista, hermano mio. (Se detiene en el fondo.)

FELT. (Arrodillándose.) ¡Señor! tú juzgates al juez, tú has condenado al tirano: el número de sus días está contado: dame fuerzas para ejecutar la sentencia.

BUCK. (Arrodillándose.) ¡Dios mio! vos habeis querido que yo amase en este mundo únicamente á aquella cuya imágen está aquí.

¡Hazme vivir, Dios bueno, si ella ha de amarme como yo la amo, ó hazme morir si he de verme privado de su amor! (Rumor detras de la tienda, Milady vuelve á entrar vivamente.)

FELT. ¿Qué ha sucedido!

MIL. ¡Un caballo á todo escape! ¡Un hombre que viene hácia este lado! yo no sé; pero... hay tal alboroto, tal atropamiento de gentes... en fin, tengo miedo que me conozcan.

FELT. ¿Que os conozcan!

MIL. Pues, que me observen. (El rumor aumenta.)

CENT. ¡Atras! ya os he dicho que no se pasa.

D'ART. Y yo os digo que pasaré, ¡voto á... quiero hablar al duque de Buckingham; dejadme pasar, ó si no....

FELT. ¿Oís!

MIL. Sí, y me parece que conozco esa voz.

DUQ. (Sobre el umbral.) ¿Qué hay?

D'ART. Decidle que es un caballero frances, que ha reventado tres caballos de Douvres á Portsmouth; y si es preciso, decidle que soy el Sr. d'Artagnan.

MIL. ¡D'Artagnan!

DUQ. ¿Un caballero frances! ¡el Sr. d'Artagnan! Aquí estoy. (Saliendo.)

D'ART. ¡Milord! ¡Milord! venid.

DUQ. Dejad franco el paso: ¡no os he dicho ya que hoy todo el mundo tiene libertad para acercarse á mí! ¡Vos aquí, caballero! ¡qué hay de nuevo! no creo que le haya sucedido nada á la reina.

D'ART. Hasta ahora yo tampoco lo creo, Milord; pero sí sé que le amenaza un gran peligro, del cual solo Vuestra Gracia puede salvarla.

DUQ. ¡Yo! aquí, del otro lado del estrecho! me contemplaria muy feliz si en algo pudiera serle útil; pero hablad, hablad.

D'ART. Aquí teneis esta carta.

DUQ. ¿De quién es!

D'ART. De ella.

DUQ. ¿De la reina! ¡Dios mio! [Se pone como convulso.]

D'ART. ¿Qué teneis, milord!

DUQ. [Cayendo sentado.] ¡Oh! no me esperaba tanta felicidad. ¡Ah! ya yo no veo.... (Lee.) "Esos herretes ó estoy perdida; enviadme esos herretes, por mi amor, por mí, que tanto he sufrido por vos." Ana (Hablan-

do.) Decidme, valiente caballero, ¡qué mas sabeis?

D'ART. Absolutamente nada.

DUQ. ¡La han perseguido!

D'ART. Lo supongo.

DUQ. Pero en fin, ¡qué es lo que habeis sabido?

D'ART. Lo que yo he sabido, milord es que de aquí á Paris hay ciento veinte leguas, y que para andarlas, no tengo mas que veinticuatro horas.

DUQ. Dentro de una hora partireis.

D'ART. ¡Milord!

DUQ. ¡Oh! me dejareis ciertamente el tiempo indispensable para añadir una línea á ese cofrecillo. David, decid al almirante que ponga á la disposicion de este caballero el buque mas velero de la escuadra: la Britania. Descansad una hora, d'Artagnan, no mas una hora, os lo suplico por el amor de vuestra reina.

D'ART. Mirad, milord, que no quedan mas que veintitres horas.

DUQ. Patrick, que se atienda á ese caballero como á mí mismo.

PATRIK. Sí, Milord.

DUQ. (Conduciéndolo al fondo saca el cofrecillo del altar.) Ahí teneis esos preciosos herretes que deberian seguirme á la tumba y estar conmigo por toda la eternidad, y que solo los he poseido un momento: ella me los habia regalado, y ella me los vuelve á pedir; sea: hágase en todo su voluntad, como la de Dios.

PATRIK. Su honor está servido.

DUQ. Id, mi querido caballero: mientras yo le escribo dos letras, id á beber un vaso de vino de Francia.

D'ART. Milord, no necesito deciros que cuanto mas pronto vos me despacheis, mas pronto yo....

DUQ. Me habeis concedido una hora.

D'ART. En hora buena, milord. ¡Por aquí!

PAR. Sí. (Vanse.)

DUQ. [Solo.] ¡Oh! ¡mi hermosa majestad! [Se sienta y escribe.]

MIL. En fin, ya está solo y escribe.

FELT. Es la hora señalada.

MIL. Vé, Felton; vé, salvador de la Inglaterra. [Baja Felton y entra en la tienda.]

DUQ. ¡Quién sois, qué quereis?

FELT. ¡Me conoceis, milord!

DUQ. ¡Ah! ¡no sois aquel jóven marino que yo despedí de la armada real!

FELT. La falta, milord, era ligera, y el castigo ha sido grave y severo.

DUQ. Teneis razon, y venís á reclamar... Llegais á buen tiempo Felton; hoy es para mí, un día de felicidad: vuestro nombre volverá á quedar habilitado en los cuadros de la armada: el segundo del Neptuno se rompió ayer una pierna, bien podeis reemplazarlo, si es que venís á eso: podeis retiraros.

FELT. No señor, no es á eso á lo que he venido.

DUQ. ¡Pues á qué venisteis?

FELT. No señor, no es á eso á lo que he venido.

DUQ. ¡Pues á qué venisteis?

FELT. Vine á deciros, milord, que vais á emprender una guerra impía.

DUQ. ¡Cómo!

FELT. Vine á deciros que no es ni al rey ni á la Inglaterra á quienes defendeis en este momento, sino á vuestros adúlteros amores, á esos infames amores que teneis en Francia.

DUQ. ¡Desgraciado!

FELT. Vine á deciros que el Señor quiere que renunciéis inmediatamente á esta guerra fatal que es la ruina de la Inglaterra y que entonces yo os perdonaré vuestras faltas pasadas, en mi nombre y en nombre de mis conciudadanos.

DUQ. Este hombre está loco.

FELT. No hay loco que valga, ni aquí hay mas insensato que el que finge no entenderme.

DUQ. ¡Oh! retiraos, señor, ó llamo y os hago poner en la casa de dementes.

FELT. No llamareis.

DUQ. ¡Hola! Patrick, centinela. [Felton lo hiere.] ¡Ah traidor! me has matado.

PAT. ¡Milord llama!

DUQ. Socorro, venid.

PAT. ¡Al asesino!

FELT. [Salvándose.] ¡Paso para el vengador de la Inglaterra!

MIL. ¡Salvo! se ha salvado.

GRITOS. (En el fondo.) ¡Al matador! ¡al asesino! corred, él es, el....

MIL. ¡La canoa! ¡la canoa! ¡que atraque la canoa!

D'ART. ¡Milord, Milord!

DUQ. Venid, d'Artagnan, venid.

D'ART. ¡Socorro! un médico!

DUQ. Es inútil, enteramente inútil; antes que llegue el médico ya estaré muerto: dejadnos. Ahí teneis ese cofrecillo.... es cuanto tenia de ella.... con la carta.... la carta.... ¡adónde está! ¡Ah! que la bese todavía, antes que mi boca se hiele.... que la vuelva á leer, antes que mis ojos se cierren. D'Artagnan, tú le volverás esta carta, tú le volverás esta alhaja.

D'ART. ¡Milord! ¡Dios mio!.... si este asesino fuese un enemigo de la reina; si quisiesen arrestarme á mí, asesinarme.... yo nada temo por mi persona; pero si me cogen esta carta, este cofrecillo....

DUQ. Sí, sí, tienes razon.... David, escribid.... Desde el momento en que recibais esta orden, queda el puerto cerrado, y no podrá salir de él ningun barco, ni bote, ni canoa por el espacio de tres dias, excepto el Britania que conducirá al Sr. d'Artagnan.... Dadme que firme.... (Firma.) David, pronto, esta orden á Lord d'Winter, corred.

D'ART. Mi querido señor.

DUQ. Y ahora... pronto, el cofrecillo.... mi carta medio escrita.... Bueno, tú volverás este cofrecillo á su majestad, y como memoria.... (Le enseña el puñal.) Toma.... (Lac) No, no, déjame en donde estoy. Ve, apresúrate, d'Artagnan, y dile que mi última palabra fué para pronunciar su nombre.... que mi

último suspiro.... ¡Ah! su retrato..... ¡Y la orden!

DAV. La entregué á Lord d'Winter, en mano propia.

DUQ. Su retrato.... gracias, gracias.... Parte, d'Artagnan.

CRUADOS. ¡Muerto!

GUARD. [Trayendo á Felton.] Anda, miserable, ven á gozarte....

FELT. ¡Muerto!.... tú....

MIL. ¡Muerto! ¡ahora á Francia! [Cañonazo.] ¡qué es esto!

PATRON de la barca. Milady, se ha cerrado el puerto; la guardia de la marina se ha apoderado de la barca, y es imposible huir.

D'ART. Paso, dejadme salir.

MIL. ¡D'Artagnan!

D'ART. Ya sospechaba yo que este monstruo no debia estar lejos.

MIL. ¡Oh, pues tambien él se quedará en Inglaterra!

CAP. Señor d'Artagnan, el Britania está á la vela, y solo á vos espera.

MIL. ¡Partes, d'Artagnan? hasta la vista.

D'ART. ¡Oh! ¡Milady! ¡Ah! ¡asesino cobarde! Sí, hasta la vista, quedad tranquilos.

CUADRO XII.

El bailete de la Merlaison.

Un gabinete en la casa del Ayuntamiento de Paris separado de la galeria por una ancha colgadura. Regidores, damas, caballeros de la corte en la galeria.

ESCENA I

TREVILLE, JUSSAC.

TREV. Un mosquetero en esta puerta. [Se pone un mosquetero de centinela.] Un guardia frances en esta. (Se coloca un guardia)

JUSSAC. Y ahora, un guardia de su Eminencia en esta otra puerta.

TREV. ¡Qué es lo que haceis caballero!

JUSSAC. Coloco aquí uno de mis guardias.

TREV. Dispensadme, quereis decirme en donde estamos?

JUSSAC. En el palacio de la municipalidad de Paris.

TREV. Y á que hemos venido?

JUSSAC. Hemos venido al baile, al famoso baile que dan los regidores al rey.

TREV. Y el rey asiste á él, no es así?

JUSSAC. Cierto, sí, Monseñor, por que á su majestad está dedicado.

TREV. Pues entonces no debias ignorar que á donde quiera que el rey esté, el rey

está en su casa; y en casa del rey, no hay mas guardia que su guardia; es decir, los mosqueteros, los guardias franceses y los guardias suizos: que se ponga un guardia suizo en la tercera puerta. [Se pone un suizo de guardia.]

JUSSAC. Me quejaré, señor, á su Eminencia.

TREV. Como os parezca, señor de Jussac.

ESCENA II

LOS MISMOS, ROCHEFORT,

ROCH. (á Jussac.) Y vuestra Eminencia dirá que no teneis razon, por que la tiene el señor de Treville (á Treville.) señor servidor vuestro.

TREV. Igualmente, señor de Rochefort.

ROCH. Hermosa fiesta, señor capitán, brillante reunion, ¡cuántas flores, cuánto oro, y que magnificos aparadores! con razon se dice: que la hermosa ciudad de Paris, es una ciudad de dulces, almibarada.

TREV. Quién es esa hermosa dama, á quien se le hace un recibimiento real!

ROCHE. Es madama, la primera presidenta que hará los honores á su majestad la reina.

TREV. Supongo que vendrá el señor cardenal?

ROCHE. Por lo menos, su Eminencia está invitado. (rumores á lo lejos.)

ATHOS. [á Treville.] Dispensadme señor, cuál es nuestra consigna?

TREV. No dejar entrar en esta sala mas que al rey, á la reina, al señor cardenal y á los señores oficiales de alta graduacion; y en este gabinete, en donde se vestirá la reina, nadie mas que á la reina y á sus damas.

ATHOS. Bien.

TREV. Señores guadias, señores mosqueteros, ya sube S. M. (tambores á lo lejos, música, aclamaciones.)

ESCENA III

DICHOS. EL REY, EL CARDENAL QUE ENTRA CON ROCHEFORT ALLADO.

ROCH. (Al cardenal.) Por aquí, Monseñor.

CARD. ¡Cuánto tardará el baile en empezar!

ROCH. El tiempo necesario para que el rey y la reina tomen sus respectivos trajes de baile.

CARD. ¡Y se vestirán aquí!

ROCH. El rey, en su gabinete al extremo de la galeria, y la reina en este cuarto, en frente de vuestra Escelencia.

UN UGIER. ¡El rey!
REY. [En el fondo.] Señores regidores de mi buena ciudad de París, escusadme si llevo un poco tarde; no es mía la culpa, sino del señor cardenal que me ha entretenido.

CARD. [A Rochefort.] Sí, la culpa es siempre mía.

ROCH. Pero esta vez creo que no.

REY. [Inquieto.] ¡Qué! ¡aún no ha llegado el señor cardenal!

CARD. Esperaba, Sire, el momento oportuno para presentar mis respetos á V. M.

REY. ¡Ah! señor duque, yo os acusaba por escusarme; pero el hecho es, caballeros, que á su Eminencia le gusta mas el trabajo que el sarao. ¡Y á qué hora empieza el baile, señores!

UN REGIDOR. Tan luego como llegue S. M. la reina, Sire, y que V. M. nos dé sus órdenes.

REY. ¡Mis órdenes! ¡Oh! no, estais en vuestra casa, señores, y la reina me parece que ya no puede tardar.

CARD. ¡Y S. M. la reina, Sire, está algo mejor!

REY. La reina está siempre enferma, cuando se la cree buena, y buena cuando se la cree enferma.

CARD. ¡Pero viene al baile S. M.?

REY. Entiendo que sí.

CARD. No vendrá. [Estrépito y aclamaciones.]

REY. Debe ser la reina.

UGIER. ¡La reina! [Movimiento.]

ESCENA VI.

Dichos, la REINA.

REINA. Buenos dias, señores. [Mira en torno suyo.] ¡Nada! nadie! no hay esperanza! ¡El cardenal!

REY. Madama, yo me he disculpado con el trabajo; pero, y vos, ¡qué disculpa podeis darnos, por haber tardado tanto!

CARD. ¡Madama! [Saluda.] [No tiene los herretes.] Madama puede encontrar una excusa muy natural: su belleza, el cuidado de su tocador y el tiempo que ha necesitado para prender sus mangas con esos herretes...

REIN. Es implacable como el infierno.

REY. Pero no, si no los tiene. Decidme, madama, si no os molesta, ¡por que no os pusisteis vuestros herretes de diamantes, sabiendo que me habria sido muy agradable el véroslos!

REIN. ¡Sire!

REY. Yo os he hecho ese regalo, madama, y estaba en que os adornaríais con él.

CARD. Pueden todavía ir á traerlos. ¡En donde están?

REY. ¡Sí, en dónde están?

REIN. En el Louvre. [Un poco de tiempo]

mas, Dios mio, un poco de tiempo.) ¡V. M. deseara que...!

REY. Sí, lo quiero, porque el baile va á empezar así que las parejas estén listas, y así que vos misma lo esteis tambien.

CARD. ¡No hay cuidado! de aquí allá, ya pretestará una enfermedad cualquiera, ó le dará un desmayo.

REY. Enviad, pues, por ellos al Louvre, madama.

REIN. Sí, Sire, voy á enviar.

CARD. Y yo tambien. [Saluda y váse.]

ESCENA V.

DICHOS, MENOS EL CARDENAL.

REINA. ¡Oh Dios mio! no habeis tenido piedad de mí: estoy perdida.

TREV. Si yo pudiese servir en algo á V. M.

REINA. En nada, señor, en nada.

TREV. Madama, siento tanto....

REINA. ¡Ah! decidme, ¡conocéis á un guardia... á un jóven...!

TREV. ¡A un jóven!

REINA. Que se llama d'Artagnan

TREV. ¡Que me pidió hace pocos dias una licencia!

REINA. ¡No lo habeis vuelto á ver! ¡No ha venido aún!

TREV. No, madama; Athos, ¡no habeis vuelto á ver al señor d'Artagnan!

ATHOS. ¡Al Sr. d'Artagnan! No.

REINA. *Se acabó.... se acabó....

UNA CAMARISTA. Todo está pronto en el tocador de S. M. [La reina entra á la derecha, las damas la siguen.]

ESCENA VI.

LOS MISMOS, ROCHEFORT.

ROCH. [En el fondo.] Señores, señores, un hombre acaba de subir por la escalerita, ha forzado el puesto y echado por tierra á los centinelas. Se le gritó que se detuviera, y ha proseguido su camino. ¡A la arma! ¡A la arma!

TREV. ¡Un hombre!

ATHOS. ¡Un hombre! Por aquí ha de pasar.

D'ART. [Entrando: bajo á un guardia.] Camarada, camarada, dadme vuestro mosquete.

ATHOS. ¡D'Artagnan!

TREV. ¡D'Artagnan!

REINA. [En el umbral de la puerta.] ¡D'Artagnan! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

ROCH. ¡Ah! ¡Es mi gascon! ¡Conque sois vos el que echais á rodar los centinelas!

D'ART. ¡Qué veo! ¡mi ladron! ¡yo! ¡cuáles centinelas! yo no he echado á rodar á nadie.

ROCH. ¡Y entonces qué haceis ahí?

D'ART. Me toca mi turno, y entro de centinela.

ROCH. ¡En ese estado! ¡lleno de polvo, bañado de sudor! vamos á ver si ese es el traje de baile.

REINA. [Bajo á Treville.] ¡Ah, señor de Treville!

TREV. [A Rochefort.] ¡Y con qué facultad, caballero, os mezclais en esto! ¡Por ventura el señor d'Artagnan es de los vuestros!

ROCH. No, pero...

TREV. A mí me agrada que un guardia de S. M. esté cubierto de polvo y de sudor, despues que ha corrido y se ha fatigado por servir al rey; y por último, creo que yo mando aquí.

ROCH. Está bien, señor, está bien. ¡Ah! gascon maldito! [Mira á d'Artagnan.]

ATHOS. [A Rochefort.] ¡Y bien, qué?

D'ART. Dejadme, Athos, que con ese caballero tengo yo una cuenta abierta.

TREV. Aquí es vuestro puesto, d'Artagnan.

D'ART. [Bajo á Treville.] Se lo va á contar todo al cardenal.

TREV. Os acompañaré, señor de Rochefort. [Se lo lleva.]

ESCENA VII.

DICHOS, LA REINA.

REINA. ¡Qué ha sucedido!

D'ART. He aquí el cofrecillo, madama.

REINA. ¡Ah! ¡me he salvado!....gracias.... gracias.... un puñal!.... ¡Cielos! está teñido en sangre.

D'ART. Es la sangre de Jorge Williers, duque de Buckingham, que al morir me ha encargado que os dijera....

REINA. ¡Ha muerto!

D'ART. Pronunciando el nombre de V. M.

REINA. ¡Jorge! ¡qué caro es el amor de una reina!

UGIER. [En el bastidor.] El rey!

REINA. Losherretes....pronto....Estéfana, guardadme ese cofrecillo.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, EL REY, EL CARDENAL, TREVILLE.

REY. ¡Por fin, madama, han vuelto del Louvre!

CARD. Ni siquiera han ido.

REY. ¡Estais pronta, madama!

REINA. A las órdenes de V. M.

CARD. [Estupefacto.] ¡Los herretes!

REY. ¡Ah, os pusisteis los herretes! ¡Gra-

cias! ¡Y bien, señor cardenal, qué es lo que queríais decirme respecto de estos herretes!

CARD. Nada Sire, nada. [¡Pero por donde habrán venido!]

ROCH. Mirad, monseñor, el polvo que cubre el vestido de ese guardia que está detras de mí.

CARD. ¡Ah! está bien: venid.

REY. [A Treville.] ¡Sabeis por qué está tan pálido el cardenal!

TREV. Creo que sí, Sire. La reina le ha hecho una travesura muy graciosa: ¡quiere V. M. saberla!

REY. ¡Ah! sí, contádmela, contádmela.

REINA. [A d'Artagnan.] ¡Cómo podré daros gracias, mi salvador, mi héroe, mi amigo!

D'ART. Con una sola palabra, madama: Constancia ha desaparecido. ¡A dónde está Constancia?

REINA. Para sustraerla á la venganza del cardenal, la he enviado á las Carmelitas de Bethune.

D'ART. ¡Gracias! ya estoy pagado.

REINA. No, todavía....

REY. [A Treville.] De suerte que el cardenal ha caido en la trampa, y eso lo irrita: ¡vaya que la cosa es muy divertida! Supongo, madama, que me perdonais la chanzoneta de los herretes, ¿eh?

REINA. [La chanzoneta!] Sí, Sire.

REY. Venid, madama, que el baile comienza y la música es muy alegre.

REINA. [Apoyando la mano sobre su corazon.] Sí, Sire, muy alegre. [Ahoga un suspiro y da la mano al rey.]

D'ART. El mas feliz de todos es el difunto.

ACTO QUINTO.

CUADRO XIII.

El convento de las carmelitas de Bethune. Una sala.

ESCENA I.

ROCHEFORT, LA SUPERIORA.

SUP. Habeis, señor, mandado llamar á la superiora del convento de las carmelitas de Bethune, y aquí está á vuestras órdenes.

ROCH. En efecto, señora, os he mandado llamar, porque necesito tomar de vos algunos informes.

SUP. Decid, caballero.

ROCH. ¡No se ha detenido aquí, en vuestro convento, una mujer como de 24 á 25 años, que debe haber venido por el camino de Bolonia!

SUP. Pero, yo no sé, caballero, si debo responder á una pregunta semejante.